

PQ7297

L739

A17

v. 1

QUEDA ASEGURADA LA PROPIEDAD  
CONFORME A LA LEY.



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155944



## NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR.

### I.

**D**ON José López-Portillo y Rojas nació en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, el 26 de Mayo de 1850, y es hijo del Sr. Lic. D. Jesús López-Portillo, decano del foro jalisciense y ameritadísimo profesor, y de la Sra. D<sup>ca</sup>. María Rojas. Hizo sus primeros estudios en la propia ciudad de Guadalajara, y los preparatorios también en ésta y en México, distinguiéndose siempre por su aplicación, su claro talento, y el buen juicio de que dió pruebas desde niño. Sin ver con des-

La Parcela.—A

cuido las materias de su respectiva asignatura, dedicábase con afán al estudio de buenos autores, por lo cual en edad temprana logró atesorar vastos conocimientos en letras y en historia, recibiendo así su espíritu una cultura nada común, que había de abrirle más tarde las puertas de la fama, como escritor correcto y erudito.

Concluidos en la capital sus estudios preparatorios de abogado, regresó el joven López-Portillo á su ciudad natal, y allí emprendió, con el tesón de costumbre, los de derecho, dando nuevas pruebas de la excelencia de sus facultades. En Septiembre de 1871 obtuvo el título correspondiente á aquella honrosa profesión.

Fué tan notable y satisfactoria la carrera que hizo el Sr. López-Portillo, que sus padres le premiaron enviándole á Europa, á principios del año siguiente; y con ello le dieron una prueba, tan singular como merecida, de la confianza que les inspiraban su buen juicio, su sólida moralidad y su variada instrucción; auxiliares todos eficacísimos para que aquel viaje no fuera de simple recreo y descanso, sino base ó motivo de nuevos estudios, de útiles y prove-

chosas observaciones, y fuente fecunda de una cultura más sólida y más brillante.

Despidiose enternecido de sus padres el novel abogado, y partió primeramente para los Estados Unidos, donde observó con ánimo tranquilo los progresos materiales de ese pueblo que á todos causa asombro por su prodigioso y rápido desarrollo. Pasó despues á Irlanda, Escocia é Inglaterra, y con ese ardor muy explicable en quien acababa de nutrirse con los libros de los tratadistas ingleses, estudió las instituciones, las costumbres, y el conjunto de cualidades, en fin, que caracterizan á la raza sajona, y que la hacen la más práctica y positiva de la tierra. Estuvo después en Francia é Italia; y no conformándose con haber visto los tesoros del arte contenidos en los admirables museos de París, Roma, Florencia, Turín, Milán, etc., decidió marchar á los países misteriosos del Oriente, cuna de la civilización y del cristianismo. Recorrió, pues, Egipto y Palestina, esta última con el respeto y la unción de un fervoroso creyente.

A su regreso al país en 1873 publicó sus *Impresiones de viaje*; libro que fué muy bien

recibido por el público, como lo demuestra el hecho de haberse agotado en poco tiempo la edición. Causó cierta sorpresa encontrar un caudal no escaso de atinadas observaciones y de juicios sólidos y exactos en aquella obra de un viajero de veintidós años; observaciones y juicios expuestos con serenidad de criterio, y envueltos en un estilo sobrio, grave, mas no por eso exento de bellezas.

Dedicose después el Sr. López-Portillo al ejercicio de su profesión, é ingresó en la vida pública, figurando como Diputado al Congreso de la Unión en el bienio de Septiembre de 1875 á Septiembre de 1877. Caído el gobierno de D. Sebastián Lerdo de Tejada, se retiró á Guadalajara, en donde vivió entregado al periodismo hasta 1890, siendo de nuevo Diputado al mismo Congreso en 1880 y 1882.

Volvió este último año á su ciudad natal, y abrió su bufete, el cual fué favorecido por personas de la mejor sociedad. Desempeñó, además, diversos cargos públicos de importancia, como los de Diputado á la Legislatura local, Magistrado suplente de Circuito, y Magistrado, también

suplente, del Superior Tribunal del Estado de Jalisco, por no haber aceptado serlo en propiedad. Ha tenido igualmente á su cargo, en diversas épocas, las Cátedras de Economía Política y de Derecho Mercantil en la Escuela de Jurisprudencia de Guadalajara; y al escribirse estas líneas lo es todavía de la última materia, y de Derecho Penal y Minero, en el mismo establecimiento.

Por último, en el Concurso Científico Nacional del pasado año, celebrado en esta capital, el Sr. Lic. López-Portillo tomó una parte muy principal, presentando un trabajo notable, que revela la solidez y extensión de sus conocimientos profesionales. Versó ese trabajo sobre *El Derecho y La Economía Política*, y fué muy celebrado por las personas inteligentes é ilustradas del concurso.

## II.

Ya dijimos ántes que el Sr. Lic. López-Portillo y Rojas ha figurado en el periodismo político de Guadalajara, y ahora agre-

garemos que siempre se ha distinguido en él por su cortesía, su serenidad y la pericia con que trata las cuestiones que analiza y estudia.

En 1886 fundó *La República Literaria*, excelente revista de ciencias, letras y bellas artes, que durante cuatro años se publicó con toda regularidad, llenando un vacío que, por desgracia, al dejar de publicarse, ha vuelto á existir en la prensa del país. En ella se publicaron numerosos escritos de verdadero mérito, especialmente de autores nacionales, con lo cual *La República Literaria* prestó un gran servicio á las letras, que en México no tienen una revista propia, como sucede en otros países, que al mismo tiempo que diera impulso á la cultura intelectual, sirviera para dar á conocer á nuestros ingenios y para propagar sus obras entre propios y extraños.

El Sr. López-Portillo trabajó asiduamente para dar importancia, interés y amenidad á la revista citada, escribiendo artículos de crítica literaria, de arte, leyendas y novelas de costumbres nacionales, poesías, artículos biográficos é históricos, y cuanto, en fin, pudiera enriquecer aquellas páginas,

destinadas á procurar el progreso y adelantamiento de nuestra literatura.

Aparte de los trabajos originales que tenían cabida en la revista, ya suyos, ya de otros escritores de la capital y los Estados, el Sr. López-Portillo cuidaba con diligencia especial de que en ella se insertaran también los de autores extranjeros, á fin de tener así al corriente á los lectores del movimiento intelectual y literario de Inglaterra, Francia, España, etc. Por esa razón *La República Literaria* llegó á conquistarse un lugar muy señalado en el concepto de las personas estudiosas y de buen gusto, amantes y celosas de la cultura de nuestra patria.

A fin de que se pueda estimar la labor eficazísima y valiosa del Sr. López-Portillo y Rojas, así como también para que se adivinen sus dotes, la variedad de su instrucción y los diversos matices de su talento, enumeraremos en seguida los principales trabajos con que enriqueció las páginas de *La República Literaria*.

Fueron los siguientes:

ARTICULOS LITERARIOS, HISTORICOS Y DE CRITICA: *Los Poetas, Un buen Libro, La fi-*

losofía en la Nueva España, *El Peripatismo en acción*, Luis XVII, *La Novela en México*, Miguel Angel Buonarroti, *El Emperador de Alemania*, Virginia Reiter, etc.

LEYENDAS Y NOVELAS: *Experiencia en cabeza ajena*, *La Isla del Paraíso*, *El Espejo*, *Nieves*, *Adalinda*, *La Fortuna se cansa*, *El Primer Amor*, *El Arpa*, *La Mueca del Diablo* y *La Fuga*.

POESIAS: *El mes de María*, Victor Hugo en el Panteón, *El Dolor*, *La Serenata de Schubert*, *Las Catacumbas*, *La Fortuna*, *El Poeta*, *Voces interiores*, *Jesucristo*, *Vivir para morir*, *El Amor del Cielo*, (poema), ¡*Socorro!* (Diálogo dramático), *La Lluvia*, *Alma natura*, *En la Orilla del mar*, *Armonías fugitivas*, ¡*Soñar!*, *Campanas*, *Eterna Ausencia*.

ESTUDIOS DIVERSOS: *La Baja de la Plata*, *El Duelo*, *Dinamita*, *México en la Exposición de Paris*, y *Necrología* de D. Manuel Alvarez del Castillo, etc., etc. \*

El orden, el método, la serenidad de es-

---

\* Algunos de estos trabajos aparecieron firmados con el pseudónimo de *Jusuf-ben-Issa*, que quiere decir en árabe *José, hijo de Jesús*; alusión al nombre del autor y al de su señor padre.

tilo que avaloran estos trabajos, revelan al escritor concienzudo, que estudia y observa, que analiza y medita, y que procura siempre acrecer el caudal de sus conocimientos con los progresos que día á día alcanzan todos los ramos del saber humano.

En 1891 dió término el Sr. López Portillo á una empresa tan laboriosa como meritosa: la publicación de la *Crónica de Jalisco* de Fr. Antonio Tello, verdadero tesoro de nuestra historia, que se creía definitivamente perdida, y que fué encontrada por el Dr. Nicolás León en la tienda de un especiero de Celaya.—El Sr. López Portillo se comprometió á imprimirla, arrojando los azares de todo género con que en nuestro país tropiezan esta clase de empresas, y vió al fin realizado su propósito, publicando en un grueso volumen en 4<sup>o</sup>, de XXIV-886 páginas y XXVIII de Indices, la famosa *Crónica* del P. Tello. La *Introducción bibliográfica* que al frente de esta edición aparece, escrita por el Sr. López Portillo, es notable por las curiosas noticias que contiene y por la gallardía y lisura del estilo. Sirva de muestra el siguiente párrafo con que termina:

“Fr. Antonio Tello fué varón esforzadísimo, á la manera de aquellos ilustres frailes, cuyos hechos relató con tanta grandilocuencia. Fué uno de los más denodados protagonistas de aquella lucha gigantesca emprendida por el cristianismo y por la civilización en contra de la idolatría y de la barbarie en estas vírgenes comarcas; y no hay denuedo, ni perseverancia, ni sacrificio, ni mansedumbre de los que en su Crónica relata, que él mismo no haya tenido, manifestado, hecho y practicado en los largos años que, atento á su ministerio, sirvió con su inmensa valía á la causa de Dios y del progreso. Semejante á Alonso de Ercilla, cantó el heroísmo de un ejército á que pertenecía y en cuyas filas luchaba de los primeros, y ensalzó las sangrientas batallas en que se cubrieron de gloria sus mismas armas, alcanzando la palma del triunfo; sólo que las lides en que pelearon él y sus huestes, fueron más grandiosas que aquellas en que mostraron la fuerza de su brazo los compañeros del soldado poeta, y las victorias que él y los suyos conquistaron fueron mucho más altas y dignas de memoria que las que ensalzadas se encuentran en

las épicas octavas de la *Araucana*. Porque en el país suriano tratábase del castigo de un pueblo indómito, por medio del hierro y del exterminio; mientras que en la Nueva Galicia luchábase por la conservación de incontables gentes, á quienes se cubría con la egida de la caridad evangélica y á quienes se abrían de par en par las puertas de la civilización.”

### III

En 1892 publicó el Sr. López-Portillo y Rojas, en Guadalajara, sus *Armonías Fugitivas*, colección de composiciones poéticas escritas desde la infancia del autor hasta el citado año, en la cual quedaron incluidas, por lo mismo, las que anteriormete había dado á luz en la *República Literaria*, y que antes hemos enumerado. Además, figura en ella el poema intitulado *Un héroe*, que se había publicado en México el año de 1882.

Son notables en esta colección *Las Catacumbas* y *Jesucristo*, composiciones dignas de un poeta cristiano de alto vuelo. Abun-

dan en ambas pensamientos muy elevados, y respiran cierta unción y melancolía que aquilatan más y más su gran mérito. También merecen citarse *El Mes de María, Ayer y Hoy* y *La Serenata de Schubert*, en la cual resaltan los dulces y apasionados acentos del amor conyugal. En cuanto al poemita *Un héroe*, su argumento es interesante y dramático: en él están pintadas con admirable elocuencia y viveza las luchas del protagonista, que al fin triunfa y perdona, abriendo las puertas de la bienaventuranza á aquel enemigo que tantas y tan acerbas desventuras le había procurado.

*Pla* se intitula otro poemita en prosa, otra tierna y breve historia que el Sr. López-Portillo publicó en *El Renacimiento* (1894), y que no es posible leer sin conmoverse, pues está impregnada del más hondo y exquisito sentimiento. Son páginas escritas con el corazón; y en la amargura de los esposos, que con tanta fidelidad pinta el autor, siéntese el aura embalsamada de la dulce resignación cristiana, de la conformidad con la voluntad divina, que todo lo suaviza y todo lo borra.

El Sr. López-Portillo ha escrito también

algunos monólogos para el teatro, diversas disertaciones científicas y no pocos discursos literarios y académicos.

Su última obra es la preciosa novela que hoy tenemos la fortuna de publicar en esta *Biblioteca*, como primera de las que formarán la colección completa de sus obras literarias.

Digna es *La Parcela* de la correcta y atildada pluma del Sr. López-Portillo. Su argumento, los sitios y personajes que describe, las costumbres y pasiones que dan movimiento á la narración, constituyen otros tantos elementos de nueva vida para la novela mexicana. Abrense allí para ésta nuevos horizontes, muy diversos de los que hasta hoy ha tenido á su vista y á su alcance, y que sin duda pueden embellecerla, como ha sucedido en Colombia, donde la novela crece robusta, fresca y lozana, porque va á inspirarse en la vida de provincia, llena de encantos y de emociones desconocidas.

Nuestra literatura debe saludar gozosa la aparición de *La Parcela*, porque es una joya que viene á enriquecerla.

Diremos para concluir que el Sr. López-

Portillo ha sido siempre estimado y considerado, como lo reclaman sus méritos, por nuestros Círculos y Asociaciones literarias y científicas. Fué socio de los extinguidos Liceos "Hidalgo" y "Morelos;" lo es de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y se cuenta entre los Correspondientes de las Academias Mexicanas de Jurisprudencia y de la Lengua; título este último á que es muy acreedor por la tersura, elegancia y corrección con que escribe el idioma castellano.



#### PROLOGO DEL AUTOR.

---

**N**UESTRAS clases rurales son el nervio de México, el producto más directo y genuino de los diferentes factores que van unificando á nuestro pueblo. En cuanto á lo físico, representan la fusión de diversas razas indígenas y europeas; pero carecen de semejanza moral determinada con unas ú otras, y muestran vida, tendencias y costumbres originales. Rota la tradición colonial, no procuran ellas ni aun piensan imitar usos extranjeros, que ignoran; á la vez que, divorciadas del tipo aborígen, nada tienen de común con su inercia, ni con su obstinación, ni con sus rencores reivindicativos. Esas clases son la planta nueva brotada al calor de nuestro sol y al influjo de nuestro clima, sobre el aluvión de las múltiples razas que han ido depositando en nuestro territorio su limo fecundante.

En hora buena que sean nuestras ciudades copia más ó menos remota de las capitales europeas ó norteamericanas, con su cortejo de ideas, costumbres,



ciencias y artes importadas del exterior; nuestros campos, en cambio, son la nación joven, que se va formando después de nuestras revueltas políticas, como encarnamiento sano y rozagante en herida ancha un tiempo y dolorosa. Sobre esa base firmísima, exuberante, de creencias y de fuerza, ha de levantarse el edificio de nuestra grandeza futura, coronado por la civilización de los tiempos.

En los momentos que corren, hay entre esas clases una gran pasión que las domina y avasalla, y que así las lleva al trabajo, como las empuja á la lucha: el amor al suelo, á la madre tierra. Siempre fué adorador de ella el campesino; pero ese amor tiene algo de extraordinario hoy día entre nosotros, algo de épico y primitivo—casi pudiera decirse de feroz. Las disputas á que da origen con harta frecuencia, producen hondas perturbaciones entre la gente rústica, y suministran argumentos llenos de interés para quien las observa de cerca ó fielmente las describe.

De la pintura de tales escenas pueden nacer revelaciones de la mayor importancia, y entre otras, la de nuestro modo de ser nacional íntimo y profundo. Los exámenes veraces de la conciencia social dan siempre buenos resultados. De paso, en medio de la obra, tropieza el observador con vicios profundos que entran en el cuadro de la narración. Presentados en esta forma á los ojos del público, quizás conmuevan y afecten, provocando en los ánimos el deseo de verlos extirpados. Así fué como Mrs. Beecher Stowe produjo la reacción americana contra la esclavitud, con su novela *Uncle Tom's Cabin*; así fué también como Carlos Dickens contribuyó poderosa-

mente en Inglaterra á la abolición de la prisión por deudas con *Pickwick Papers*, á la reforma de las escuelas primarias con *Nicholas Nickleby* y á la protección de los niños desamparados con *Olivier Twist*.

Cierto que el arte debe vivir por el arte y sin propósitos docentes; pero también lo es que en la pintura exacta de la vida, aparecen las fealdades sociales como cristalizadas, cogidas en flagrante delito de deformidad. ¡Y cuántas veces esa sola pintura trae por consecuencia su aborrecimiento y su proscripción!

El difunto *Liceo Hidalgo*, que de Dios goce, consagró años há algunas de sus sesiones á discutir si México debería tener ó no una literatura especial. Si la memoria no nos es infiel, don Francisco Pimentel y Heras y don Ignacio M. Altamirano fueron los corifeos de una y otra tesis, y se engolfaron con tal motivo en eruditísimas discusiones, haciendo votos el segundo por una literatura netamente nacional, y el primero por la continuación de la hispana. El debate quedó irresoluto, y después de aquella sazón, nadie, que sepamos, ha vuelto á provocarle.

No seremos nosotros quienes soplen sobre esas cenizas para ávivar alguna chispa latente, pues pertenecemos al número de los que juzgan posible una transacción entre tan opuestos extremos. Nuestra literatura, en cuanto á la forma, debe conservarse ortodoxa, esto es, fidelísima á los dogmas y cánones de la rica habla castellana. No por esto, con todo, ha de prescindir de su facultad autonómica de enriquecerse con vocablos indígenas, ó criados por nuestra propia inventiva, y como resultado de las pode-

rosas corrientes de carácter, naturaleza, clima y temperamento que nos son exclusivas; pero aun en esas mismas novedades, hemos de procurar no apartarnos del genio de la lengua materna, y de no romper sus clásicos y gloriosos moldes. Sería una demencia renegar de tan ilustre abolengo y abrir un abismo entre nosotros y la edad de oro de la literatura española. En la Península Ibérica, donde se conserva viva la tradición de los siglos XVI y XVII, y donde hay tantos autores eminentes, que cultivan el idioma con profundidad de sabios ó con finura de artistas, están, hoy por hoy, á no dudarlo, la pauta y el modelo del buen decir. Los latino-americanos no debemos perder de vista las obras maestras que de allá nos llegan, sino acercarnos á ellas cuanto nos sea posible por la pureza de la expresión y por la belleza de la frase. ¿Quién puede negar á don José M. de Pereda ser el primer hablante del mundo hispánico, una especie de Cervantes redivivo, capaz de transportar la mente del lector á los tiempos en que, con pasmo general, apareció *Don Quijote*? ¿Quién puede disputar á don Juan Valera su aticismo encantador, su ingenio felicísimo y la galana é impecable corrección de sus cláusulas? ¿quién á Pérez Galdós y á la Pardo Bazán el ser maravillosos en el manejo del idioma?

Nuestro origen, pues, la gloria de las letras españolas y el deseo de progreso, deben mantenernos siempre fieles tanto al genio y pragmáticas de nuestra lengua, como á la marcha seguida por los grandes hablantes de nuestra antigua metrópoli.

Mas, por lo que ve á su misma substancia, con-

viene que nuestra literatura sea nacional en todo lo posible, esto es, concordante con la índole de nuestra raza, con la naturaleza que nos rodea y con los ideales y tendencias que de ambos factores se originan. Librenos Dios de pretender con tal motivo que nos encerremos en el estrecho círculo de nuestros horizontes y que convirtamos la literatura en menguada patriotería. Bien sabemos que la mayor parte de los asuntos que caen bajo el dominio del arte, como el amor y el dolor—polos eternos de la poesía,—son cosmopolitas y nó patrimonio de un pueblo ó de una raza determinados. Lo único que con esto queremos significar es que debemos fijar más de lo que solemos la atención en nuestras cosas, y hacer sentir con mayor energía en nuestras creaciones la influencia de nuestro propio temperamento.

Los mexicanos, hasta aquí, hemos sido excelentes imitadores; pero inventores pobrísimos. Acogemos con prisa las modas que de fuera nos llegan, no sólo en trajes y en costumbres, sino hasta en ideas y sistemas, y procuramos sacarnos el pie adelante los unos á los otros en cuanto á parodiar más pronto y bien las novedades extranjeras. Por no salir del terreno meramente literario, prescindimos de demostrar la observación con ejemplos tomados de la legislación, de la política ó de los usos sociales: en cuanto á las letras, á nadie se le oculta que las nuestras, salvo honrosas excepciones, no son más que una triste parodia de las trasatlánticas, principalmente de las francesas. Testigo de ello es nuestro descabellado decadentismo, que no tiene razón de ser entre nosotros, pues, como pueblo nuevo que so-

mos, no hemos llegado todavía á los extremos de degradación ó de refinamiento que esa novedad presupone. Compréndese el decadentismo en las viejas naciones de civilización cumplida, donde los resortes de la sensibilidad, gastados por el uso y el abuso, necesitan procedimientos sutiles y exquisitos para funcionar; pero nó en una sociedad incipiente, donde la cultura es sólo parcial, y tiene á su favor la frescura y la fuerza de la juventud. El decadentismo es menos que una escuela literaria, un estado psíquico especial, y no puede falsificarse.

Dominados por la magia de los libros europeos, nuestros poetas y novelistas hacen poesías y novelas de puro capricho, sobre asuntos extraños á la realidad de nuestra vida y de nuestras pasiones actuales, produciendo así creaciones falsas, que ni corresponden aquí á nada verdadero, ni copian tampoco, sino deformado y monstruoso, lo exótico y refinado. Convertir á México en un París minúsculo y prestarle á fuerza de artificio las excelencias, bajezas, vicios y virtudes de la capital francesa, es el afán harto trasparente de no pocos de nuestros mejores ingenios, pues se empeñan en ser elegantes y voluptuosos como Musset, solemnes y paradójicos como Victor Hugo, obsecenos como Zo'a, y limadores desesperantes de la frase como Flaubert y los Goncourt. Cada escritor tiene su tipo al tenor de los enunciados, y procura imitarle á pie juntillas, á salga lo que salga. Así es como se fantasean en nuestra República mundos que no existen, refinamientos, pasiones, cansancios y desesperanza que no nos corresponden; así se producen obras que suelen no tener

en su abono ni el encanto de la verdad, ni el de un arte senil, pero consumado.

La forma hermosa debe, ya se ve, ser imitada por todo escritor que aspire á perfeccionarse; pero no los estados de alma—como dice Bourget,—no las situaciones psíquicas privadas ó públicas de los individuos ó de la sociedad. Cada pueblo tiene causas peculiares que fijan su modo de ser, y á cada etapa de la civilización corresponde el desarrollo de determinadas fibras vitales.

Absurdo fuera exigir á todo escritor ser un genio y echar por caminos desconocidos; pero no lo es pedirle que sea sincero y que convierta sus obras en espejo fiel de pasiones y ensueños verdaderos. No hay razón para desdeñar el medio en que vivimos—asaz hermoso á Dios gracias—y para pagarnos únicamente de panoramas y escenas distantes. Aunque no tengamos por acá, sino á título de excepción exótica, refinados bulevarderos, nobles tronados, grandes damas casquivanas, Nanas corrompidas, palacios opulentos y trenes á la Daumont; poseemos en cambio otras mil cosas dignas de ser observadas y de servirnos de numen para cantar amores, angustias y júbilos con acento palpitante de vida y de verdad. La belleza es múltiple y brilla por donde quiera, hasta en el estado primitivo, hasta en los paisajes más tristes y estériles.

Lo único que necesitamos para explotar los ricos elementos que nos rodean, es recogerlos dentro de nosotros mismos y difundirlos menos en cosas extrañas. Nuestra vida nacional está aún tan poco explotada por el arte, como nuestra naturaleza por la

industria; todo es virgen entre nosotros, las selvas y las costumbres, la tierra material y el mundo moral que nos rodean. Nuestras costas ubérrimas, elevadas serranías, inmensas llanuras, ricas florestas y brillantes ce'ajes esperan todavía el pincel emocionado que los copie, la pluma elocuente que los describa. Lo mismo puede decirse de nuestra dramática población, compuesta de indígenas melancólicos, soberbios europeos y mestizos astutos. Las pasiones, tendencias, vicios y virtudes que les son peculiares, necesitan artistas inspirados que los retraten, y sepan explotar para sus creaciones esta época interesante de transición que vamos atravesando. Hoy por hoy, viejos hábitos perecen en torno, se establecen usos nuevos, y todo se vuelve crisis á nuestra vista: choque de intereses y combate de aspiraciones—el caos que precede al orden y á la belleza. Así sucede á la continua cuando en el laboratorio de la historia, hierven y se confunden elementos disímolos destinados á amalgamarse en un gran pueblo.



## LA PARCELA.

**E**VANTOSE aquel día don Pedro Ruiz al rayar el alba, como de costumbre. El cuidado de los negocios obligábale á ser diligente, y por hábito, por temperamento, necesitaba madrugar. Tenía por martirio quedarse en la cama hasta después de salido el sol, y nunca le había pasado tamaño contratiempo sino por enfermedad. Gozaba sobremanera con el espectáculo matutino que le ofrecía á diario la naturaleza; y aunque era hombre sin instrucción ni refinamientos artísticos, ad-